

## Los geógrafos, la política y la ciudad

---

Sergio Tomé Fernández

Departamento de Geografía. Universidad de Oviedo

El compromiso constituye una de las tradiciones geográficas más arraigadas, desde la ciencia decimonónica hasta David Harvey, quien quizá a causa de ello es el geógrafo más reconocido en nuestros días por la sociedad norteamericana. Comparar a Joaquín González Vecín con otros nombres propios que le precedieron está totalmente fuera de nuestra intención, pero no cabe duda de que el profesor leonés recientemente fallecido también cumplió a su manera con aquella tradición, desde la misma ideología que Jean Dresch, Pierre George y tantos otros. Eso le llevó durante unos años a participar activamente en la política municipal, de una ciudad donde el tránsito desde la dictadura franquista a la democracia ha resultado terriblemente difícil, dando como resultado que León quedase totalmente rezagada del conjunto nacional. Defender una opción urbana de izquierda reportó a González Vecín, entre otros sinsabores, la amenaza de muerte por parte de la extrema derecha. Grupo que, acrecentado y enloquecido progresivamente, agredió brutalmente esta semana a una chica de diecisiete años, a plena luz del día y bajo la acusación de “*ser novia de un comunista*”, sin que ningún viandante acudiese en su ayuda.

El ascenso del fascismo y la multiplicación de la violencia son, por desgracia, sólo uno más entre el cúmulo de problemas y cuestiones-clave en la España de nuestro tiempo, relacionados o no con la ciudad. Un lugar muy destacado corresponde a los desequilibrios territoriales, estrechamente conectados con la dificultad de ajustar las variables Estado y nacionalidades. No menos preocupantes resultan las perturbaciones originadas por la desindustrialización, los riesgos de la economía de servicios o el problema de la vivienda, por nombrar desordenadamente sólo algunos de los grandes objetos de debate. Que por pura lógica deberían hacer de la Geografía una disciplina necesariamente política, indispensable para la comprensión y transformación del mundo. Es decir lo que siempre fue. Sin embargo en España, y no sólo en ella, esta ciencia ha venido a menos de forma alarmante durante los últimos años, hasta el extremo de resultar seriamente amenazada su supervivencia como licenciatura en no pocas Universidades. Dar clase a cinco o dos alumnos se ha convertido en una desagradable novedad para el profesorado, verosímil preludio de la cercana hecatombe. ¿Cómo es posible que la Geografía española no utilice hoy suficientemente el potencial que demostró en otros tiempos, y gracias al cual adquirió status de saber estratégico, reconocido e institucionalmente apoyado?

¿Dónde radica la responsabilidad del actual estado de cosas?. O, utilizando las palabras de Paul Claval (1998), “¿La disciplina que se practica corresponde verdaderamente a las necesidades que vienen?”.

## 1. LO QUE VERDADERAMENTE IMPORTA EN LA CIUDAD

La ciudad por cuya democratización luchó González Vecín representa hoy un buen exponente de la decadencia que, con mayor o menor intensidad, afecta directamente o amenaza a corto plazo a un numeroso grupo de núcleos urbanos españoles. Que asisten impotentes a la progresiva concentración de la actividad, la riqueza y la población en una parte reducida del país, frente a la cual intentan en vano o con menos fortuna jugar las mismas bazas: vivir de la obra pública, la construcción, el consumo y en el mejor de los casos el turismo. Pero su economía, su demografía y su capacidad reivindicativa no resultan suficientes como para garantizar el desarrollo a medio plazo, o al menos impedir un mayor declive. Aun sabiendo que no siempre es posible extrapolar, pueden extraerse algunas conclusiones de carácter relativamente general a partir de datos locales como los correspondientes a León, e incluso aunque se tratase de un caso mucho más aislado no por ello poseería menos interés. Las estadísticas y los indicadores socioeconómicos sitúan a la ciudad y provincia de ese nombre, desde la década de 1990, en los últimos puestos nacionales en cuanto a inversión, actividad y empleo. A resultados de lo cual figura a la cabeza de la despoblación y el envejecimiento: la capital pierde efectivos demográficos desde 1996, y la edad de sus habitantes es la más avanzada de toda la comunidad autónoma.

Eso no significa que la ciudad carezca de sus *espejismos* de modernización, que representan una de las paradojas más características de nuestro tiempo: nuevos polígonos, una cifra apreciable de construcciones residenciales (hay catorce mil pisos vacíos), centros comerciales y calles peatonales en el barrio histórico, mas los llamados *grandes contenedores culturales* como el Auditorio, el Museo de Arte Contemporáneo o el futuro Ferial. Pero el acercamiento cuantitativo a la realidad urbana no admite dudas sobre la caída: dieciocho mil jóvenes abandonaron la provincia en un año. Y, si alguien precisa otras pruebas, la metodología geográfica del reconocimiento sobre el terreno puede aportarlas en muy elevado número, de forma cualitativa.

Quizá más que al ciudadano, al visitante le sorprenden signos negativos tan evidentes como la habitualmente baja calidad de la arquitectura y el urbanismo actuales, en desafortunado contraste con el rico patrimonio del centro histórico y el Ensanche. Tanto o más llamativo es el acusado deterioro de las infraestructuras y redes técnicas (desde el asfalto a la iluminación), la inactividad palpable de las calles céntricas o el abultadísimo número de jubilados, muchos de ellos recién llegados del medio rural. Con los cuales se invierte la orientación tradicional de las corrientes del éxodo rural: ahora los jóvenes se trasladan a otros destinos migratorios, y los ancianos de la provincia se concentran en la capital. A más decadencia menor posibilidad de salir de ella, por razones como la fuga masiva de titulados superiores y la disminución de la conciencia crítica, debida en parte a la pobre relación que los inmigrados de edad avanzada, perpetuadores en gran medida del voto caciquil, mantienen con la ciudad.

Hay, en casos como el de León, temas fundamentales de trabajo por su relativa novedad, por la amenaza que representan o por su alcance más general. En otras ciudades la situación puede resultar incomparablemente más favorable o prometedora, aunque raramente se sustraen a los trastornos relacionados con el empleo, la vivienda, la seguridad o el medio ambiente, que para muchos resultan indicadores suficientes de una crisis, declarada al agotarse el modelo urbano neoliberal. Quizá ningún ejemplo mejor que el propio Madrid. Antítesis de León, en cuanto representa el máximo exponente del efecto de concentración debido a las fuerzas de mercado, tiende a convertirse en un organismo urbano muy difícilmente manejable y acompañado de unos costes que cuestionan seriamente su operatividad. El binomio improvisación-especulación, aplicado a una idea de ciudad difusa, está desencadenando en Madrid efectos francamente indeseables y graves disfunciones. Entre las cuales es de obligada mención el gasto irracional de energía, al primar el transporte individual y los desplazamientos pendulares de largo radio. El precio totalmente desmedido del alojamiento, con la consiguiente segmentación social; la sustitución de la producción por el ocio y el consumo, figuran entre las principales preocupaciones ciudadanas y parecen situarnos muy lejos del desarrollo sostenible.

Así las cosas, se impone la apertura de un debate amplio sobre el futuro de la ciudad, en el cual la Geografía debería desempeñar un papel privilegiado, si pone en valor su capacidad y realiza un esfuerzo creativo. El mejor aporte a esa discusión es sin duda la puesta en marcha o la profundización de un frente amplio de investigaciones acerca de la habitabilidad, que iluminen el conocimiento de los problemas y conflictos esenciales, los riesgos y factores de desequilibrio presentes en el escenario urbano. Es decir, todo aquello que en la actualidad define la demanda social. Ese objetivo requiere, entre otras tareas, desmontar al menos parcialmente el discurso oficial acerca de la ciudad, en la medida en que se acompaña de *verdades* que justifican, ocultan o descuidan las servidumbres negativas del actual modelo urbano. A la cabeza de ese discurso se sitúan las que podríamos llamar *supremas razones económicas*, en un contexto marcado por la preocupación hacia el porvenir, la ausencia de alternativas firmes y en consecuencia el riesgo más o menos acusado de crisis, empobrecimiento o periferización. Tales amenazas, proyectadas a todos los niveles (individuo, grupo, ciudad, región), reales o esgrimidas intencionadamente por el sistema, condicionan sustancialmente el proceso urbano.

Por un lado las *razones* y objetivos económicos, al cobrar carácter dominante (casi siempre a expensas de lo social), conducen a la *deificación* del Marketing Urbano. Con su significado más profundo de *puesta en venta*, se convierte en principio director para una política urbana sustentada en la iniciativa privada y los negocios. Que, en cuanto permiten a la ciudad competir, modernizarse o adquirir mayor proyección exterior, presuntamente garantizan la captación de nuevos residentes, turistas, eventos, inversiones y obras. En ese ambiente cobra sentido el culto algo exagerado que la ciudadanía profesa a los macroproyectos urbanos, la proclividad hacia las reformas más costosas o la creencia un tanto ingenua en el efecto milagroso de las infraestructuras, los grandes equipamientos y las obras de diseño. Cuya ambivalencia parece bastante clara: pueden ser fuente de reactivación económica, regeneran áreas degradadas y facilitan cambios de imagen; pero también encarecen la ciudad, pues a menu-

do albergan como finalidad última la generación de plusvalor inmobiliario, y sirven a veces como pantalla frente a la ausencia de iniciativas estructurales más necesarias.

Pero el urbanismo estratégico legitima a ciertos políticos, al menos hasta que los problemas financieros municipales imponen recortes drásticos en la ejecución de obras. Estas satisfacen a una fracción amplia de la ciudadanía, fácil de conformar a base de cambios superficiales, mientras acepta resignadamente las imposiciones del poder: empleo de baja calidad, vivienda prohibitiva, desigualdad de oportunidades. Tampoco suele interrogarse sobre la verdadera utilidad de aquellas obras y el coste que representan. El otro actor en juego es el empresariado que se beneficia más o menos directamente con aquellas intervenciones urbanas. Frente a las duras exigencias del sistema (innovar, competir, deslocalizar), se apoya más que nunca en la Administración, buscando adjudicaciones de obras, privatizaciones o subvenciones. Estas representan el sostén de un sector que cada vez más se refugia en los servicios y el mercado inmobiliario, elevado este a la categoría de primer motor del crecimiento dentro de un proceso general de terciarización urbana.

Los prejuicios a partir de los cuales suele construirse hoy la observación de la dinámica urbana tienden a medir la salud de la ciudad a partir de las grandes operaciones, el volumen de las nuevas construcciones y el precio de la vivienda, cuanto más elevado más claramente indicador de pujanza. Sin embargo caben serias objeciones acerca de esa afluencia masiva de los capitales y el ahorro hacia el sector de la construcción, por muchos beneficios especulativos que reporte a corto plazo. De hecho, desvía indebidamente recursos que deberían destinarse a las actividades verdaderamente productivas, entre ellas la generación de tecnología y por supuesto la industria. Eso sin contar el perjuicio que la maquinación de los precios causa a la mayoría de la población, muy en particular a los jóvenes. O la irracionalidad de un mercado donde la existencia de una oferta cifrada en millones de pisos vacíos no determina el descenso de los precios. Pero aún dejando a un lado las sinrazones más evidentes, despierta dudas la capacidad que ese sector inmobiliario, sumado a las otras actividades terciarias, pueda mostrar como fuente de desarrollo urbano a medio plazo.

Vistas de otro modo, gran parte de las sombras que se ciernen sobre la ciudad no dejan de resultar producto del sistema de valores neoliberal, encerrado en los dudosos límites de *lo correcto*. Parece fuera de duda que el capitalismo, para modelar a la ciudadanía, inyecta dosis suficientes de miedo, tiende a consagrar un nivel discreto de ignorancia y puede recurrir en caso necesario a la mentira para elaborar la *versión verdadera* de las cosas (el terrorismo, el comunismo, etc.). A través de los medios de comunicación suele estimular la superficialidad y el culto al poder, la juventud, el triunfo o la riqueza, metas que encuentran su campo de operaciones en el escenario urbano. Donde la desregulación y el progresivo imperio de lo privado favorecen el *todo vale* al servicio de la ambición personal. En consecuencia hay una exteriorización u ostentación creciente de la capacidad económica, mientras se aceptan la desigualdad o la segregación como algo inevitable en un marco de competencia. Se imponen el individualismo y la relegación del futuro común a un segundo plano, mientras

que el consumo y la búsqueda del ocio pasan a ocupar un papel destacado en las pautas de conducta.

Desde una perspectiva netamente geográfica el modelo de valores no sólo impregna totalmente la ciudad, también condiciona en gran medida la lectura que de ella hacen el individuo y los grupos, por tanto la relación que mantienen con el medio urbano. Esta se formula en términos de bienestar personal u oportunidades, más que a la luz de criterios relacionados con el equilibrio social, la igualdad de acceso a los recursos o la saludabilidad. A resultados de ello la interpretación del entorno suele ir empobreciéndose, y al apoyarse excesivamente en las manifestaciones formales o epidérmicas de lo urbano tiende a resultar menos crítica. Ningún ejemplo más expresivo que la percepción del patrimonio histórico por parte del ciudadano medio. Esa categoría cultural es vista como algo circunscrito al casco antiguo, donde por cierto suelen merecer aprobación las intervenciones más desnaturalizadas, que dan vía libre al *fachadismo* y la elitización social. Fuera de ese núcleo el habitante se percata mucho más difícilmente de la dimensión histórica contenida en los Ensanches, suburbios históricos, barrios tradicionales o franjas de contacto con el borde rural. Y suele asistir impasible a los derribos del patrimonio menor no catalogado, del mismo modo que raramente protesta ante la desmantelación de los paisajes urbanos del pasado campesino, obrero e industrial. Las escenografías que acompañan a los grandes equipamientos, centros comerciales o parques temáticos concuerdan más con las identidades deseadas hoy y las formas de representación social imperantes.

El perfil-tipo pronto será el de un ciudadano más indiferenciado, provisto de una carga limitada de valores formativos, dotado con muy escasa capacidad de *ver la ciudad*. Ese es, también, un individuo bastante más vulnerable ante las patologías urbanas (como la violencia) con cuya evocación se abrían estas páginas. Toda advertencia es poca sobre la magnitud de las conductas antisociales, que deben entenderse como subproducto final de la cadena de realidades hasta aquí descritas. Desde la mala educación a la violencia, la *movida* y la discriminación de género, suenan como urgente alarma que debe sacudir las conciencias: hemos construido una sociedad enferma.

El retrato *en negro* de la ciudad, objeto de esta breve reflexión, no es por fortuna un cuadro completo. A contracorriente va cobrando empuje una dinámica de muy distinta índole, que busca la democratización profunda. Los principios del desarrollo sostenible ya han dado pruebas suficientes de su eficacia en el planteamiento de ciertos problemas o la búsqueda de soluciones, pero es imposible negar que el balance final aún resulta muy exiguo. La labor de diagnóstico, que la Geografía cultiva apenas de forma minoritaria, aislada y sin carácter sistemático, está sólo en sus comienzos. Idear un modelo urbano que socialice la ciudad queda todavía fuera de lo alcanzable, porque entre otras cosas requerirá la rectificación profunda del sistema de mercado. Entre esos dos planos, la revisión crítica de la ciudad actual y la definición de la ciudad ideal, ha de moverse la Geografía.

## 2. ¿QUÉ GEOGRAFÍA NECESITAMOS?

Quiérase o no, el debate sobre el futuro de lo urbano conduce a una discusión más general acerca de la naturaleza y finalidades de la ciencia geográfica. Esta atraviesa hoy (y no sólo en España) una de sus crisis periódicas, que algunos auguran como definitiva al incidir en la Universidad, temiéndose la relegación al rincón del saber marginal. Sin caer en dramatizaciones, la evidente pérdida de peso hace recomendable una exploración radiológica para buscar la etiología y el remedio. Son bien conocidas las causas exógenas que, en un contexto neoliberal y de vertiginosa transformación tecnológica, han conseguido arrinconar las Humanidades. Sabemos en cambio mucho menos acerca de nuestra respuesta a esas fuerzas adversas, comparativamente mucho menos firme que la enarbolada sin ir más lejos por los historiadores. Dicho de otro modo, el centro de gravedad de la reflexión probablemente deba desplazarse hacia las debilidades internas o causas endógenas presentes en el proceso regresivo.

Es parte para recuperar una mejor posición en la enseñanza media, pero no debe serlo para enriquecer sustantivamente la programación de las asignaturas y los libros de texto. Que, pese a un gran cúmulo de mejoras, continúan manteniendo gran distancia con respecto a la vertiente más novedosa o más sugestiva de la Geografía universitaria. Por lo regular, los libros destinados a niños y adolescentes no suelen contener la mejor Geografía o la más cargada de alicientes: el arma para la interpretación dialéctica del mundo, la aventura apasionante de la lectura crítica de los paisajes y el territorio, el instrumento revelador de los problemas ambientales y sociales.

Claro que tampoco ponemos en el mercado, para otra clase de destinatarios, un número suficiente de obras de divulgación que faciliten el saber de esta disciplina, situándola frente a los objetos de debate propios de nuestro tiempo. Como señalaba Knafo (1997) el problema no es tanto la falta de investigaciones como la débil capacidad para hacerse presentes en medios extra-académicos. Pero, en el caso español, es imposible negar que nuestro bagaje en cuanto a interpretación de realidades *calientes* se mantiene en niveles más que modestos. Por ejemplo, resulta inconcebible que hasta la fecha apenas se hayan escuchado las voces de la Geografía hablando de cuestiones como la unidad y diversidad de España, a fin de aportar argumentos que enriquezcan el debate político y ayuden a construir fórmulas definitivas de convivencia. Igual sucede con otros asuntos capitales (no siempre alejados del anterior) como la necesidad de reequilibrar el país, la urgencia por frenar la desertización o sentar una base económica mucho más sólida y diversificada que la actual. Ahora bien, ¿verdaderamente tenemos algo que decir acerca de todo ello?

El caudal de nuestra producción científica resulta sin duda abrumador, en paralelo con la ampliación y diversificación de la disciplina al ganar nuevos dominios especializados (desarrollo local, género, Geografía cultural entre otros). Pero buena parte de esas publicaciones están fundamentalmente destinadas al consumo interno, y la fracción de la obra geográfica que consigue llegar al mercado no siempre responde a los planteamientos más eficaces. Títulos recientes dedicados a las especialidades geográficas, muy pertinentes y dotados con gran riqueza de contenidos, apenas han logrado llegar al público

exterior por razones de volumen, densidad y acaso falta de imágenes, o por no realzar suficientemente los temas de interés general que abordan esas ramas de la disciplina. Condiciones que sí cumplieron, en un pasado reciente, obras como *Las Nuevas Geografías*, *Capitalismo y morfología urbana en España*, la *Geografía de la Sociedad Humana* o la *Geografía de España* de la Editorial Planeta, por mencionar sólo algunos títulos.

La escasa valoración de las Letras, sumada a una reducida presencia del conocimiento geográfico en la enseñanza media, en la cultura general y en los medios, tampoco bastan para explicar totalmente la delicada situación que se vive en muchas Universidades. Hay que preguntarse hasta qué punto ha resultado beneficioso el distanciamiento respecto de la Historia, y si se ha enfocado correctamente la alternativa digamos *técnica* que, por fuerza, hubo de ser incorporada. Ahí aflora el problema secular de identidad, acentuado quizá en nuestro tiempo por el crecimiento extensivo, y a veces un tanto impremeditado, de los temas de estudio. Que, con cierta frecuencia, diluyen inconvenientemente a la Geografía dentro de campos transversales donde resulta difícil diferenciar el trabajo de la ciencia del paisaje respecto a otras aportaciones. Aún reconociendo la necesidad de hacerse hueco en algunos de esos dominios fronterizos o compartidos, deben evitarse tanto la excesiva dispersión como el viejo vicio del mimetismo, el querer parecernos a otros a quienes de todos modos nunca podremos suplantar.

Es cuestión entonces de centrar y singularizar el conocimiento geográfico, probablemente en torno a dos grandes núcleos. Uno sería el de los contenidos *clásicos*, que en no pocos casos resultan perfectamente concordantes con las necesidades propias del momento, cuando no rabiosamente actuales, en Geopolítica, Geografía Regional, Urbana o Rural. No sólo en ellas. Eso obliga desde luego a explorar mucho más profundamente el pasado de la disciplina, para extraer lecciones del partido que sacó en cada época de las realidades dominantes y la demanda social consecutiva a aquellas. Conocer, cultivar y actualizar las *tradiciones geográficas* puede representar un apoyo decisivo al proceso que ha de abrirse. En cuanto al otro centro de acción, debería por supuesto referirse a los nuevos frentes de la actividad geográfica, y es ahí donde ha de volcarse el esfuerzo creativo para poner límites, establecer objetivos y métodos.

La peculiar naturaleza de la Geografía, su carácter extraordinariamente cambiante, complican sin duda la tarea propuesta. Condición *sine qua non* para obtener algún resultado es en fin la autocrítica, y no sólo en los términos habituales referidos a la poca relación con las instancias administrativas, o nuestra resistencia frente a ciertos cambios. A estas alturas nadie puede negar el efecto pernicioso de la división interna y las luchas de poder, fuente inagotable de debilitamiento. Igualmente habrá que poner sobre la mesa el daño que el sistema de los *sexenios* (complementos salariales por investigación) está causando a la actividad académica, a la cohesión del grupo y a la calidad del trabajo. Ese irracional procedimiento que evalúa la investigación sólo a partir de los *títulos de las publicaciones*, sin examinar el contenido y mediante discriminación caprichosa de determinados libros o revistas, ha terminado por representar la preocupación fundamental para gran parte del profesorado. Pues de la obtención de esos tramos sexenales depende no sólo la remuneración sino tam-

bién las posibilidades de promoción profesional. He ahí un buen caldo de cultivo para arbitrariedades, clientelismo y corruptelas, definidores de un panorama donde el trabajo reflexivo, hecho a conciencia, parece poseer menos valor que el establecimiento de relaciones adecuadas o la publicación de textos apresurados, con tal de que sean muchos. Todo eso también contribuye y en grado sumo a la devaluación de la ciencia.

#### **BIBLIOGRAFÍA CITADA**

CLAVAL, P. (1998): *La Géographie comme genre de vie*, Ed. L'Harmattan, París.

KNAFOU, R. (dir.) (1997): *L'État de la Géographie*, Mappemonde, Belin, París.